

Introducción



RESTAURACIÓN DE LA VIDA CRISTIANA

Estudio basado en Isaías 48.

Estudio preparado por:
Pastor Enoch Gutiérrez Lozano.



Pasos a la restauración:

- 1. Escuchar a Dios.**
- 2. Acercarnos a Dios por medio de Jesucristo aprovechando sus advertencias.**
- 3. Dejarnos enseñar y dirigir por Dios.**
- 4. Atender los mandamientos de Dios que nos traerán los verdaderos beneficios.**

01

RESTAURACIÓN DE
LA VIDA CRISTIANA

I. El mensaje de Isaías fue una advertencia que se cumplió.

Introducción.

Isaías escribe esta porción, dirigido por Dios, en una época donde el pueblo de Israel se caracterizaba por tres cosas:

1. Buscaban a Dios superficialmente, de manera religiosa, no sinceramente. Simulaban una entrega a Dios que no tenían, solamente de dientes para afuera.



Is. 48: 1 y 2

“Oíd esto, casa de Jacob, que os llamáis del nombre de Israel, los que salieron de las aguas de Judá, los que juran en el nombre de Jehová, y hacen memoria del Dios de Israel, mas no en verdad ni en justicia; porque de la santa ciudad se nombran, y en el Dios de Israel confían; su nombre es Jehová de los ejércitos.”



2. Eran duros y obstinados.

Is. 48: 4

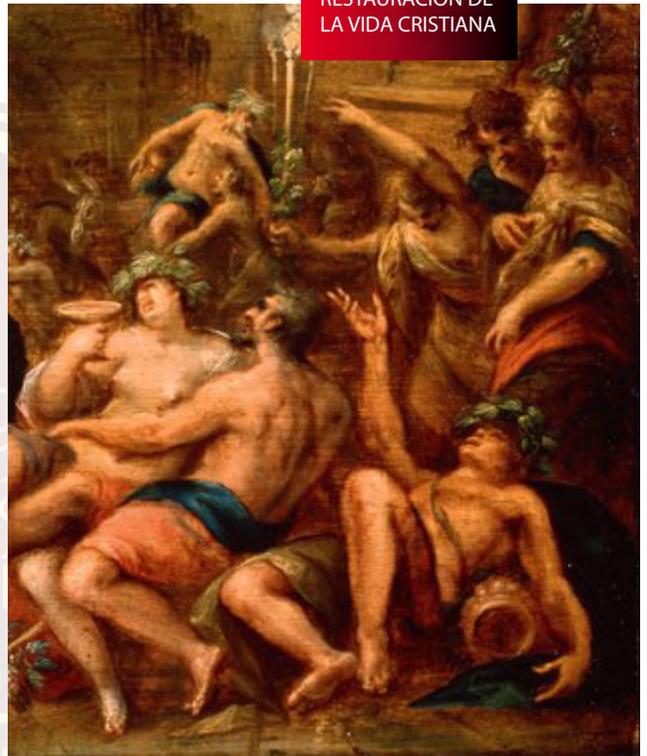
“...Por cuanto conozco que eres duro, y barra de hierro tu cerviz, y tu frente de bronce...”

3. Eran desleales, desobedientes y rebeldes.

Is. 48: 8

“Sí, nunca lo habías oído, ni nunca lo habías conocido; ciertamente no se abrió antes tu oído; porque sabía que siendo desleal habías de desobedecer, por tanto te llamé rebelde desde el vientre.”

Estas características negativas, estaban en el fondo de su conducta idólatra, desordenada y pecaminosa, la cual se describe en varios pasajes, en especial en Isaías capítulo 1: 1 al 20.



A causa de su sordera y ceguera espiritual, Dios tendría que dejar que recibieran lo que merecían, los entregaría a tremendos sufrimientos, como leemos en Isaías 42: 18 al 20, como efectivamente sucedió años después.

Su mensaje de advertencia y exhortación quedó escrito como prevención y también para ayudar al pueblo de Israel cuando recibieran precisamente las consecuencias de sus actos y la disciplina del Señor.

Por esto, en este pasaje, les enfatiza que Dios les estaba adelantando lo que vendría:



Is. 48: 3 al 8

“Lo que pasó, ya antes lo dije, y de mi boca salió; lo publiqué, lo hice pronto, y fue realidad. Por cuanto conozco que eres duro, y barra de hierro tu cerviz, y tu frente de bronce, te lo dije ya hace tiempo; antes que sucediera te lo advertí, para que no dijeras: Mi ídolo lo hizo, mis imágenes de escultura y de fundición mandaron estas cosas.

Lo oíste, y lo viste todo; ¿y no lo anunciaréis vosotros? Ahora, pues, te he hecho oír cosas nuevas y ocultas que tú no sabías. Ahora han sido creadas, no en días pasados, ni antes de este día las habías oído, para que no digas: He aquí que yo lo sabía.

Sí, nunca lo habías oído, ni nunca lo habías conocido; ciertamente no se abrió antes tu oído; porque sabía que siendo desleal habías de desobedecer, por tanto te llamé rebelde desde el vientre.”

Aproximadamente 80 años antes de que Israel fuera conquistado por Nabucodonosor y llevado en cautiverio a Babilonia, Isaías escribe esta advertencia junto con el remedio para aquellos que sufrirían dicho castigo.

Aquellos israelitas que se encontraron en el exilio, cuando todo sucedió, y que estaban bajo el sufrimiento de haber sido arrancados de su tierra, despojados de todas sus posesiones, y llevados a una tierra extraña donde debían de empezar desde abajo, tuvieron la oportunidad de leer los escritos de Isaías y darse cuenta que Dios ya les había advertido de todo lo que les vendría, y les había dado también la manera de restaurarse en medio de su aflicción.

Estos israelitas podían escoger seguir como antes, en las actitudes y prácticas que los llevaron a esta situación, o podían humillarse, arrepentirse y comenzar a buscar a Dios sinceramente, para que Dios en su misericordia los ayudara, y los sacara de dicha situación, promesas que también Isaías registra.

El horno de aflicción en el cual Dios los introdujo fue precisamente para purificarlos, no para destruirlos, para eliminar de ellos todas esas actitudes y prácticas en las que se habían desviado. Para abrirles los ojos y los oídos al verdadero estado en que se encontraban y darles la oportunidad de cambiar. Después de esos 70 años de aflicciones y destierro, regresaron a su tierra purificados de su idolatría. Nunca más de ahí en adelante volvieron a ese pecado.



Is. 48: 9 al 11

“Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte. He aquí te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción. Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro.”

El mensaje de Isaías 48 es también para nosotros.

Este mensaje de Isaías también lo podemos aprovechar hoy en día. Dios ha hecho lo mismo con nosotros. En la Biblia nos ha prevenido de las consecuencias que el pecado puede traer a nuestra vida. Nos invita repetidamente a seguir sus instrucciones y sus mandamientos, para andar en sus caminos para nuestro bien.

Nos exhorta también a dejar de “servir” (adorar) a otros dioses, o sea, a que no pongamos otras cosas antes que él en nuestro corazón; pero en muchos casos otros “dioses” ocupan nuestro corazón, llámese el “dios del dinero”, el “dios del trabajo”, el “dios de los vicios”, el “dios de la comodidad”, el “dios del reconocimiento”, el “dios de nuestra propia opinión”, entre otros. Por eso estamos lejos de Dios, aunque asistamos a las reuniones de la iglesia; por eso terminamos haciendo otras cosas, menos lo que Dios quiere.

Hemos caído en las mismas actitudes internas que el pueblo de Israel y por eso seguimos igual:

1. Buscamos a Dios superficialmente, de manera religiosa, no sinceramente. Simulamos una entrega a Dios que no tenemos, solamente honramos a Dios de dientes para afuera.
2. Nos hemos vuelto duros y obstinados en hacer lo que queremos, lo que nos parece mejor, lo que nos ha funcionado, lo que otras personas hacen fuera de las instrucciones de Dios.
3. Nos hemos convertido en desleales delante de Dios, pues él nos ha bendecido, pero nosotros no respondemos con gratitud, mucho menos con obediencia y entrega a él. Por eso caminamos en desobediencia de sus mandamientos, obedeciendo solo aquellos que nos convienen o que no nos estorban en nuestros planes. El problema es que hay rebeldía en nuestro corazón.

Debido a esto, llega el tiempo en que la Palabra de Dios se cumple:

Gal. 6: 7 y 8

"No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna."

Col. 3: 25

"Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas."

Nuestro alejamiento de Dios y el acercamiento al pecado y a una manera de vivir mundana, tarde o temprano nos traen sus frutos podridos. Dios nos deja que cosechemos esto cuando ve que no queremos entender de otra manera:

Sal. 81: 11 y 12

"Pero mi pueblo no oyó mi voz,
e Israel no me quiso a mí.
Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón;
Caminaron en sus propios consejos."

Piensa un momento:

¿En cuáles de estas actitudes internas has caído y qué consecuencias te han venido?



Es aquí cuando Dios comienza a tratar con nosotros de manera más dura, porque no entendemos de otra manera, pues en el pasado no hemos querido ver ni oír todas sus advertencias amables y pacientes.

Llega el momento que como a Israel, las consecuencias del pecado nos llegan, los conflictos, el fracaso y el dolor llega a nuestra vida con toda su fuerza, junto con la disciplina divina. Entramos en aflicciones que en gran medida nosotros mismos nos buscamos. Recibimos consecuencias que no se fraguaron solas.

Esta es la oportunidad de recordar cómo Dios ya nos había advertido que nuestro camino estaba desviándose. Es la oportunidad de comenzar a abandonar esa superficialidad y simulación, esa dureza y obstinación o esa desobediencia y rebeldía, dejarnos purificar por Dios ahora que hemos caído en el horno de la aflicción.

Entramos en el horno de aflicción para ser purificados.

¿Te encuentras en el horno de aflicción a causa de tu superficialidad religiosa, tu dureza de corazón (necedad) o tu rebeldía (desobediencia)?

Lamentablemente llegamos a esta situación de aflicción como consecuencia de estas actitudes y de las malas decisiones que tomamos. Dios permite que cosechemos lo que sembramos para hacer lo que hizo con Israel: **Purificarnos.**



Is. 48:10

“He aquí te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción.”

Ésta purificación es como aquella que se hace con los metales preciosos. El metal se mete en el fuego, en un crisol o recipiente de porcelana, y se somete a altas temperaturas, hasta que se ha fundido, de manera que las escorias o impurezas que contiene puedan quemarse o ser separadas del metal mediante el calor intenso.

De la misma manera, hay costumbres, maneras de pensar, formas de ser, con las cuales nos hemos contaminado a través del tiempo, que se apartan de lo que Dios quiere. Tristemente se han hecho parte de nuestra vida, las hemos permitido, se han metido muy dentro de nuestra mente y corazón, y hasta son parte de nuestra manera de ser y de pensar. Estas impurezas no nos permiten ser cristianos más puros, más santos, más auténticos y nos seguirán causando malestar si no son eliminadas de nuestra vida.

Por eso, el horno de aflicción en que nos encontramos, aunque sea muy doloroso estar en él, es necesario para que esas impurezas sean retiradas completamente.



Si somos hijos de Dios, llega el momento en que nuestro Padre decide disciplinarnos porque nos ama, y esta disciplina es para nuestro bien, aunque es dolorosa.

Heb. 12: 5 al 11

“y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo:

Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor,
Ni desmayes cuando eres reprendido por él;
Porque el Señor al que ama, disciplina,
Y azota a todo el que recibe por hijo.

Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?

Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?

Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.”

Sin embargo, como a Israel, Dios tampoco quiere destruirnos.

Is. 48:9

“Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?”

Aunque hemos provocado la ira de Dios, él manifiesta su amor incondicional al no permitir que el sufrimiento sea mayor. Y como lo hizo con Israel, así también él aplaza su ira y lo hace para su gloria, no porque lo merezcamos, sino para exaltar su nombre.

Is. 48: 11

“Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.”

¿Qué es lo que Dios esperaba que su pueblo hiciera una vez que reconocieran que estaban así porque se habían desviado? ¿Qué es lo que Dios espera que nosotros hagamos cuando estamos en el horno de aflicción como consecuencia de nuestra simulación, dureza o rebeldía?



Estos pasos para la restauración no son una receta de cocina. No se da uno y luego otro. En realidad, estos preceptos son directrices que hay que seguir al mismo tiempo, no una después de otra ni una independientemente de las otras.

Tampoco son pasos instantáneos. Estos pasos no van a traer cambios inmediatos en nuestra situación, ni de la manera que lo esperamos, ni en el tiempo que queremos.

Haber descuidado nuestra vida cristiana tanto tiempo no se puede arreglar en unas horas o con un curso. Haber tomado malas costumbres o malas decisiones con respecto a nuestra vida personal, matrimonio, familia, trabajo, etcétera; no es algo que se arregla en poco tiempo, mucho menos si han sido años en los que nos desviamos de alguna manera.

Así que, si nuestra expectativa es de soluciones rápidas, estamos equivocados. Esta manera de pensar es parte de nuestro problema de superficialidad, dureza y rebeldía que venimos arrastrando.

Sin duda, Dios puede purificarnos, y lo hará, puede restaurarnos, y lo hará, y hasta puede darnos bendiciones inesperadas por su misericordia, pero nosotros debemos dejar que las escorias caigan. Despojarnos de lo que nos contamina, humillarnos delante de Dios para que él se tome su tiempo en purificarnos de la manera que lo necesitamos, en lugar de pedir o exigir que el sufrimiento ya acabe.

CONTINUARÁ...

